

MITO Y PODER EN LA REVOLUCIÓN CULTURAL CHINA

Julio Amador Bech

Resumen

Se propone mostrar la manera en la cual el uso político de algunos mitos tradicionales de la antigua China, así como la creación de nuevos mitos políticos, jugaron un papel sustantivo en la estrategia de Mao Zedong para hacerse de nuevo con el poder, a principios de los años sesenta del siglo XX, después de haber caído en desgracia por el fracaso de su campaña: “Gran Salto Adelante”, a finales de la década de los cincuenta. La Revolución Cultural fue un experimento de ingeniería social encabezado por Mao Zedong, destinado a reformar al hombre por medio del adoctrinamiento sistemático y la persuasión de masas. China sufrió una bárbara prueba de laboratorio en gran escala, sobre los límites de lo que pueden conseguir la propaganda y los sistemas de adoctrinamiento, vigilancia y control político de la población.

Abstrac

This essay is intended to show the way in which the political use of several traditional myths of the ancient China, as well as the creation of new political myths, played an eminent role in Mao Zedong’s strategy to make himself with power, during the first years of the sixties, after having fallen in disgrace, because of the failure of his campaign: “Great Leap Forward” in the late fifties. The Cultural Revolution was a social engineering experiment, headed by Mao Zedong, conceived to reform man by the means of systematic indoctrination and mass persuasion. China suffered a barbaric, great scale, laboratory proof, upon the limits of what propaganda, the indoctrination systems, surveillance and political control of the population can accomplish.

La “Revolución Cultural” —nombre atribuido al movimiento de masas que a mediados de los años sesenta colocó de nuevo a Mao Zedong a la cabeza del Partido Comunista de China y del gobierno de la República Popular— encierra una irónica paradoja que alude más a un humor negro involuntario que a una figura del discurso.¹ Ese nombre se relaciona con el intento más serio y sistemático —de la era moderna— por destruir completamente la ancestral cultura China, desde sus raíces, y acabar con ella para siempre.

Unos días antes del comienzo de la Revolución Cultural, Mao Zedong le dijo a André Malraux, durante la entrevista que tuvieron:

El pensamiento, la cultura y las costumbres que llevaron a China al sitio en el cual la encontramos, deben desaparecer, y el pensamiento, las costumbres y la cultura de una China proletaria, que aún no existe, deben aparecer.²

Meses después, en un mítin multitudinario realizado el 18 de agosto de 1966 en la plaza de Tiananmen, Lin Biao —brazo derecho de Mao Zedong, al inicio de la Revolución Cultural— lanzó la consigna que dio comienzo a la trágica destrucción del invaluable patrimonio cultural de esa gran nación. Exhortó a la llamada Guardia Roja —compuesta principalmente por grupos militantes de adolescentes y jóvenes fanatizados— a salir de sus escuelas y poner fin a las “cuatro antigüedades”, es decir, “antiguas ideas, antigua cultura, antiguas costumbres, antiguos hábitos”.³

¹ Con el fin de evitar confusión al lector, todos los nombres y palabras chinas han sido transliteradas de manera uniforme, siguiendo los lineamientos del método Pinyin. Agradecemos, en ese sentido, la asesoría y colaboración del profesor Alfredo Romero Castilla.

² Citado por James T. Myers, “Myth and Charisma in the Chinese Revolution”, *Chinese Politics from Mao to Deng*, Victor C. Falkenheim, editor, New York, 1989 (la traducción del inglés es nuestra).

³ Los guardias rojos eran seleccionados por estrictos “criterios de clase”, todos eran hijos de miembros del Partido Comunista, sólo de manera excepcional se admitía algún miembro de las “buenas clases” (obreros o campesinos); los jóvenes de clase media fueron excluidos por completo.

En respuesta a aquella incierta llamada, la Guardia Roja se lanzó a la calle en todas las poblaciones chinas para dar rienda suelta a su vandalismo, fanatismo e ignorancia. Arrasaron las casas particulares, destruyeron sus antigüedades, rompieron sus pinturas y obras caligráficas. Se encendieron hogueras en las que ardían los libros. Muy pronto, casi todos los tesoros conservados en colecciones privadas resultaron destruidos. Numerosos escritores y artistas se suicidaron tras haber sido cruelmente apaleados, humillados y forzados a contemplar cómo su obra era reducida a cenizas. Se tomaron por asalto los museos. El saqueo alcanzaba a todo aquello que fuera antiguo, incluyendo palacios, templos, sepulcros antiguos, estatuas, pagodas y murallas. Las pocas cosas que sobrevivieron, tales como la Ciudad Prohibida, lo lograron gracias a que Zhou Enlai había enviado al Ejército a defenderlas con órdenes específicas de que debían ser protegidas [...] A las acciones de la Guardia Roja, Mao respondió con un “¡Muy bien hecho!”, y ordenó a la nación que los apoyara.⁴

Por decreto del líder, el “nuevo comienzo” exigía la erradicación del pasado. ¡Como si eso fuese posible! Para el poder que se ejerce a partir de la lógica del poder mismo —hasta sus últimas consecuencias— no existe la palabra imposible, la realidad no tiene límites. En su voluntad de radical unanimidad, así como en su odio hacia las facultades diversas y creativas del espíritu humano, Mao se asemeja por completo a sus símiles totalitarios: Hitler y Stálin. Veremos en la China de la Revolución Cultural escenas de barbarie semejantes a las que se habían presenciado en la Alemania nazi y en la URSS estalinista. Una vorágine incontenible: quema de libros, destrucción del arte y la cultura, asesinato y tortura, reclusión en campos de concentración, estigmatización de naciones enteras como el Tibet, condena y persecución de gente sencilla con ideas tradicionales, de monjes y religiosos, de todos aquellos que practicaban algún arte u oficio tradicional, de los artistas e intelectuales, de los maestros de las escuelas de educación media y superior, de todos los supuestos “representantes de la vieja sociedad”, acusados de ser “defensores del feudalismo” o “de la

⁴ Jung Chang, *Cisnes salvajes*, Barcelona, Circe, 1994, p. 286.

vía capitalista”, de todos los comunistas con ideas diferentes de las de Mao Zedong. Se calcula que la Revolución Cultural costó diez millones de vidas.

Una voluntad radical de cambio, sustentada en la destrucción. Entre las principales consignas de la Revolución Cultural una decía: “Primero destruye, la reconstrucción vendrá por sí sola”. Voluntad destructora que se vale —principalmente— de la violencia generalizada. Este ha sido un fenómeno propio del siglo XX, un fenómeno universal, algo que adquirió una nueva escala y mayor importancia con la civilización moderna:

La cotidianidad y la orgía están organizadas por la misma mano. El autor de los planes quinquenales es al mismo tiempo el director de escena de los grandes procesos espectaculares que forman parte de la nueva caza de brujas. La guerra representa la mayor empresa de la civilización industrial, el producto y el instrumento de la movilización total (como muy bien vio Ernst Jünger) y la liberación de potencialidades orgiásticas que en ninguna otra parte pueden permitirse llevar la destrucción hasta este límite extremo de la embriaguez.⁵

Una sociedad dominada totalmente por el miedo y la incertidumbre, provocados de manera deliberada por Mao y su grupo, valiéndose del terrorismo revolucionario, de la violencia militante de los guardias rojos, dedicados a denunciar, perseguir y destruir todo lo que pudiese tener relación con la cultura china anterior, todo lo que pareciese representar una amenaza, todo lo que pudiese significar una diferencia. La otra cara del culto a la personalidad de Mao Zedong era la difusión del miedo. El miedo se traducía en silencio y parálisis. Mucha gente se había visto reducida a un estado de pánico tal, que ya no era necesaria la censura pública, todos guardaban sus pensamientos para sí mismos, temiendo expresarlos de manera involuntaria, temiendo, incluso, la delación de sus propios hijos.

El pánico y el desconcierto provocados por la falta total de reglas

⁵ Jan Patocka, *Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia*, Barcelona, Península, 1988, p. 136.

sociales estables —bajo la nueva situación revolucionaria— dejaban a la sociedad en un estado de indefensión total, de confusión e incapacidad de respuesta que permitía al grupo radical de Mao, que actuaba bajo consignas definidas, tomar el control del país. Eso era algo que Mao había aprendido de Stalin, quien gracias a los procesos de masificación, de implantación de la uniformidad y de institución de la denuncia pública, había logrado destruir por completo las formas de solidaridad familiar, grupal y social, “condición *sine qua non* de toda dominación total”.⁶ Prácticas nefastas como la tortura —que había sido abolida con el triunfo de la Revolución en 1949— y la humillación pública fueron permitidas y alentadas:

El país se vio asolado por una ola de palizas y torturas, la mayor parte de las cuales tenían lugar durante los saqueos domiciliarios. Casi invariablemente, las familias eran obligadas a arrodillarse en el suelo y saludar a los guardias rojos con un *kowtow*, tras lo cual eran azotados con los cinturones de cuero de los guardias rojos, rematados por hebillas de latón. Por fin, se afeitaba a todos sus miembros un lado de la cabeza, lo que se consideraba un humillante castigo [...] La mayor parte de las pertenencias eran destrozadas o confiscadas.⁷

Incluso en Beijing, varios cines y teatros fueron habilitados para convertir a esos rituales del horror en algo del dominio público, estimulando la complicidad y profundizando el miedo. En esa misma ciudad se instituyeron las “asambleas de denuncia” y Beida, la Universidad de Beijing, fue la primer víctima:

Durante la primera asamblea de denuncia, celebrada el 18 de junio [de 1966], más de sesenta profesores —entre ellos el rector— fueron golpeados, pateados y forzados a permanecer arrodillados durante horas. Les cubrieron las cabezas con gorros de castigo adornados con consignas hu-

⁶ Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987, p. 467.

⁷ Jung Chang, *op. cit.*, p. 287.

millantes, vertieron tinta sobre sus rostros para ennegrecerlos con el color del diablo y colgaron consignas sobre todo su cuerpo.⁸

Todo había comenzado con la publicación en los periódicos de Beijing de grandes titulares que hablaban del cartel de un joven profesor de filosofía que criticaba a las autoridades del Partido en la Universidad de Beijing. Mao Zedong endosaba el cartel, dando su total respaldo al ataque contra la Universidad. Así se inició la violenta jornada de asalto a las instituciones educativas por parte de los guardias rojos:

Los ataques debían lanzarse contra las “autoridades académicas burguesas”, “fantasmas y demonios” (refiriéndose, sobre todo a personas estigmatizadas por su origen de clase) y los “revisionistas”, acusados de haberse infiltrado como gusanos, en el Partido, para restaurar el capitalismo [...] Los estudiantes criticaban a sus antiguos mentores por cualquier cosa que les viniera a la mente: desde sus métodos de enseñanza o desidia en el trabajo, hasta su falta de énfasis en la política y en el pensamiento Mao Zedong o el prohibir a los estudiantes jugar soccer [...] A menudo, a pesar de todos sus esfuerzos, no les era posible hallar faltas reales en sus maestros. Pero para mostrar que eran revolucionarios, los estudiantes se forzaron a sí mismos, exprimiendo sus cerebros para producir frases “reaccionarias” de las cuales podían acusar a los maestros por haberlas pronunciado. Se volvieron muy eficientes en lograrlo: valiéndose de cualquier frase ordinaria y torciendo su sentido hasta convertirla en un enunciado de herejía política.⁹

Bajo la lógica totalitaria que suponía la total ausencia de reglas, cualquiera podía convertirse en víctima: la característica principal de las acusaciones era que operaban como rumores nunca comprobados. Los acusados jamás tuvieron la posibilidad de defenderse. De la misma manera que bajo el régimen de Stalin, nadie estaba seguro, el victimario

⁸ *Ibid.*, pp. 295-296.

⁹ Anita Chan, *Children of Mao*, Seattle, University of Washington Press, 1985, pp. 126-127 (la traducción del inglés es nuestra).

de hoy bien podía convertirse en la víctima de mañana. Las vidas de todos pendían de inciertos hilos pues los dictados del líder eran inescrutables. El mismo Lin Biao cayó más tarde. La cadena de víctimas propiciatorias era como la bestia que se devora a sí misma. Mao Zedong perfeccionó el modelo totalitario de Stalin para que pudiera servir de manera más adecuada a sus fines específicos. Jean-Luc Domenach caracteriza el modelo maoísta de la siguiente forma:

La esencia del “pensamiento de Mao Zedong” es rehusar las mediaciones: es un utopismo [...] Las mediaciones políticas son, en efecto, reemplazadas por una corriente teóricamente distinta entre el Jefe, profeta de la ideología, y las masas, cuyo verdadero intérprete es él. Esa corriente entre el Jefe y las masas relega al Partido al papel de instrumento políticamente subordinado. Decir que “el pueblo y sólo el pueblo crea la historia” es igual que decir que el poder del Gran Timonel no debe tener límites [...] En total, el modelo maoísta presenta dos características fundamentales: el rechazo absoluto de toda barrera, incluso temporal, entre el pensamiento justo del Jefe y la realidad objetiva y social y el carácter totalmente libre e imprevisible de los impulsos estratégicos del Jefe.¹⁰

Es importante reflexionar sobre la definición anterior de la política maoísta porque muestra de manera muy precisa algunas de sus características políticas:

1. En primer lugar destaca un aspecto muy definido que luego sería llevado hasta sus últimas consecuencias por Pol Pot en Camboya; éste se refiere al radicalismo utopista que rompe definitivamente con el concepto de cambio gradual y se propone saltar etapas, apurar la revolución por medio del activismo, la movilización de masas y la violencia organizada. Se trata del activismo de grupos de élite totalmente incondicionales a los dictados del líder (Guardia Roja, Kmer Rojo) que dirigen las acciones de masas hacia determinados objetivos. En el caso extremo de Pol Pot se

¹⁰ “La China Popular o los azares del totalitarismo”, en Guy Hermet, *et al.*, *Totalitarismos*, México, FCE, 1991, pp. 210-211.

afirmaba que era posible pasar de inmediato al comunismo, sin mediación alguna de etapas preparatorias, por eso fueron eliminados todos aquellos que “estaban contaminados con el pasado feudal y capitalista” en los campos de exterminio. Apurar el destino de la revolución significó el genocidio. Más de la mitad de la población total de Camboya fue asesinada de diversas maneras por el Kmer Rojo. En China, esa idea justificó la persecución de todos aquellos que resultasen “sospechosos” de alguna forma de conservadurismo.

2. De manera semejante al profetismo mesiánico, el jefe es el único intérprete verdadero de la realidad por lo que debe ser obedecido incondicionalmente. Esto permitió que la dictadura personal de Mao Zedong se ejerciera sin limitación alguna.

3. Quien dicta las reglas del juego es el líder; todos, menos él, deben someterse a ellas. Las reglas pueden cambiar por completo, en cualquier momento, si el líder así lo decide. La característica principal de esta lógica es crear la incertidumbre, la movilidad constante de las reglas sociales. Poder absoluto = total arbitrariedad = libertad completa del dictador para actuar.

El primer aspecto tenía el sentido de justificar la violencia y la destrucción con un discurso revolucionario, aparentemente racional. El segundo y el tercero iban encaminados a crear las condiciones de posibilidad para que el dictador ejerciera el poder absoluto. Las premisas de la dominación total fueron creadas de manera artificial por las iniciativas políticas de Mao y su grupo, y constituían el verdadero programa de la Revolución Cultural:

a) Atomización y la neutralización política de la sociedad, que fue la consecuencia directa de la destrucción del antiguo sistema de clases sociales; la destrucción de la solidaridad colectiva y la generalización del miedo, infundido por la política de terror.

b) Pérdida de contenido real del programa político causada por los virajes ideológicos constantes y la total arbitrariedad del discurso político del líder Mao Zedong y de su propaganda.

Estas estrategias habían sido aprendidas de Stalin y adaptadas a las condiciones particulares de China. Para aparentar la existencia de un proyecto político coherente se fabricó una nueva mitología. La paradoja de la Revolución Cultural radica en que, no obstante su impulso de transformación radical y destrucción del pasado, la actividad revolucionaria se sustentó en el culto a la personalidad de Mao, algo que constituía una forma de actividad política, tradicional: el caudillismo. Política basada por completo en un conjunto de mitos superpuestos y articulados que debemos estudiar con cuidado.

El mito del héroe civilizador

El principal mito en juego en la propaganda que fue creando el culto a la personalidad de Mao fue el mito del héroe civilizador. Mito que había sido, durante siglos, de gran importancia en la historia cultural de China. Hasta antes de las revoluciones modernas, en China, el pasado, lo tradicional y lo antiguo habían estado rodeados de un halo de enorme prestigio, autoridad y veneración. Lo ancestral era motivo de gran respeto, constituía la sustancia misma del orgullo y la identidad nacional, a través de la tradición, concebida como un todo. Un modo de pensar, un modo de vivir, un modo de ser en el mundo. Se hablaba de una historia cultural ininterrumpida de 5000 años. La propia historia de China era el gran mito, pacientemente elaborado, escrito y narrado, una y otra vez.

Siguiendo la lógica del pensamiento mítico, la historia china coincidía con la historia mitológica. Así, los orígenes de la cultura se hallaban en los sucesos maravillosos y ejemplares de los primeros héroes civilizadores que inventaron todas las cosas e instituyeron los valores fundamentales por los cuales se regiría la sociedad. El arquetipo chino del héroe civilizador era el del Emperador sabio y virtuoso. Se trataba de una sabiduría práctica que permitía, siempre, resolver, para beneficio de la comunidad, los problemas enfrentados por el reino y que, al interior del relato mítico, aparecía como la prueba que el héroe debía superar.

No obstante la proliferación de héroes civilizadores, no es sencillo

encontrar dentro de la historia y la mitología chinas una figura con las características de Mao, que sea a la vez constructor y destructor, creo que hay sólo una. El único antecedente histórico que existe en China para este doble intento de aislar a China del mundo y, a la vez, destruir por completo su cultura anterior, es el emperador Shi Huangdi (249-210 a. C.), quien debido a otra ironía de la historia, adoptó el nombre del emperador mítico Huangdi ("El Emperador Amarillo"), fundador de las bases sustantivas de la cultura china más antigua.¹¹ Se trata, entonces, ya no de dos, sino de tres figuras simbólicas decisivas en la historia de China que dan origen a tres mitos distintos que, ahora, aparecen superpuestos.

I. Veamos a la primer figura. A Huangdi se le conoce como el Emperador Amarillo y se supone que vivió cien años (2698-2598 a. C.).¹² Ha sido también adorado como el dios de la arquitectura. Es uno de los soberanos legendarios, considerado como el fundador del Imperio Chino tras derrotar a las tribus aborígenes de los Miau, comandadas por Zhiyu. Esto lo convierte, antes que nada, en un gran guerrero y estadista.

Se cuenta que desde muy niño poseía un dominio absoluto del idioma chino, lo que era una hazaña, aun para un adulto. La lengua —como sabemos— es el símbolo y el instrumento esencial de la cultura y la nacionalidad. El mito cosmogónico de creación de todas las cosas y el mito de origen de la lengua son uno solo en todas las culturas. De esta manera, Huangdi fundará a la nación tanto en un sentido lingüístico y cultural como territorial.

Se le considera también fundador, junto con otros emperadores míticos, de la cultura material, al atribuírsele haber inventado:

1. La cerámica.

¹¹ *Cfr. A Dictionary of Chinese Mythology*, E. T. C. Werner, Longwood Academic, New Hampshire, 1990.

¹² La antigüedad de los emperadores legendarios fue exagerada deliberadamente, lo que se explica por el hecho mismo de que los inventos y descubrimientos que forman parte esencial de sus atributos, tienen un origen muy antiguo. Hoy en día se les sitúa en el primer periodo de la dinastía Zhou (1027-722 a. C.).

2. El primer barco.
3. Los carros con ruedas.
4. Las armaduras.

Construyó los primeros grandes caminos y pasajes entre las montañas. En los mitos teogónicos de todas las culturas aparecen siempre los héroes civilizadores a quienes se atribuye el invento de las herramientas, armas y medios de vida fundamentales de la sociedad. Siguiendo el modelo griego, los podemos llamar héroes prometéicos. Fue Huangdi, también, el que definió las épocas para la siembra de los cereales y los árboles frutales. Era un gran conocedor de los animales domésticos y de la fauna silvestre. Estudiaba el movimiento de los astros y las mareas, las rocas, los metales y el jade.

Instituyó las funciones religiosas de los emperadores, regulando los ritos y sacrificios ceremoniales. Gracias a su virtud y energía superior llegó a ser emperador. Extendió su imperio hacia el este, hasta la costa de Shangdong, hacia el oeste, más allá de Kansu, hacia el sur al Río Yangtse y hacia el norte expulsó a los Hungyu, probables ancestros de los hunos de Atila. Al final de su reinado aparecieron el ave fénix y el zhilin (unicornio) como signos festivos de su sabio y benéfico gobierno.¹³

Huangdi pertenece al linaje de los diez emperadores míticos de la Edad de Oro china, siendo el cuarto de ellos. Fuxi encabeza la lista como el más antiguo, y si en las primeras versiones del mito que datan del periodo Zhou (1027-221 a. C.) no desempeña un papel importante, más tarde se le atribuye haber descubierto los símbolos básicos (Pa Kua) en los que se basa el Yijing, uno de los libros fundamentales de la cultura china. También enseñó a su pueblo a pescar con redes y a domesticar a los animales. Inventó los instrumentos musicales y la primera escritura. Shennung, que lo sucedió, inventó el arado y los mercados. El ciclo se cierra con el Gran Yu que salvó a China de las inundaciones provocadas por el diluvio.¹⁴

¹³ *A Dictionary of Chinese Mythology*, p. 186.

¹⁴ *Cfr.* Campbell, *Las Máscaras de Dios, Mitología Oriental*, Madrid, Alianza, 1991.

Estos héroes son todos fundadores de los elementos esenciales de la cultura, por ello se exageran sus hazañas y la antigüedad de sus hechos principales. Desde la perspectiva de la dimensión psicológica y moral del mito, estas figuras cumplen la función primordial de operar como modelos de comportamiento ejemplar, convirtiéndose así en vehículos de transmisión de los valores primordiales de la cultura. El hecho de que la figura se repita, diversificándose, permite que cumpla con su función de manera exhaustiva, abarcado una multiplicidad de posibilidades del personaje, que incluye tanto al buen como al mal emperador. Esto mismo habla de su importancia como arquetipo. Lo que se comprueba al observar la continuidad y persistencia del mismo mito, a través de infinidad de versiones.

De esa manera, los emperadores legendarios van siendo portadores de actitudes y valores morales que corresponden a épocas muy posteriores a su existencia histórica. Así, los emperadores Yao y Shun son ejemplos clásicos de las virtudes confucianistas, mientras que Yu, siempre en armonía con las leyes naturales y conocedor de los designios del Cielo, representa una forma de realización del ideal taoísta. Los grandes reformadores morales de la Antigüedad china, con la malicia que los caracteriza, hicieron suyos los relatos míticos de los emperadores ancestrales, para convertirlos en portadores de sus propios valores. De manera semejante, y en virtud de una paradoja que tiene su origen en el fondo insondable de lo inconsciente en la vida social, Mao se benefició con el prestigio de los emperadores míticos, pilares de la cultura antigua que tanto detestaba.

Mao perteneció a una tradición política diferente y opuesta a la de los filósofos moralizadores, la tradición de los estadistas maquiavélicos que en China data de la época de "Los reinos combatientes" (480-221 a. C.). Pues mientras que la moral práctica, atribuida a Confucio (Kong Fuzi) se enseñaba por todas partes, entre muchas otras, una escuela de pensamiento, de sentido contrario, comenzó a tomar fuerza. Su principal representante fue Shangdsu, el gran clásico Qin del arte de la política. En cuyo pensamiento, según Joseph Campbell, radica "la gran fuerza estructural de la verdadera historia de China". Con eso hace referencia a la larga tradición de astuta malicia de la clase gobernante china y, mucho

más allá de eso, a la interminable historia de estatismo despótico que ha vivido ese país. Entre otros autores que han abordado este problema, destaca Karl A. Wittfogel, quien, desde otra perspectiva, ha explicado minuciosamente y con una lógica argumental admirable, en su obra *Despotismo oriental*, el origen del estatismo despótico y sus prácticas políticas.¹⁵

En esa época tan temprana, se extendió, por los cuatro confines, un discurso cínico y utilitario que quería erradicar los más caros valores antiguos. Los nuevos príncipes hacían suyas las enseñanzas de Shangdsu, quien, sin titubeo alguno, dejó de lado todo escrúpulo, predicó a favor de la guerra, del productivismo y del abandono absoluto de los valores tradicionales, a los que despectivamente llamaba “los seis gusanos”. En su libro clásico del arte de la política y la guerra podemos leer:

Si un país es fuerte y no hace la guerra, crecerán en él la infamia y los Seis Gusanos, que son: los ritos y la música, la poesía y la historia; la práctica de la bondad, la piedad filial y el respeto a los mayores; la sinceridad y la verdad; la pureza y la integridad; la benevolencia y la moralidad; el descrédito de la guerra y la vergüenza de participar en ella. En un país que posea estas doce cosas, el gobernante no podrá hacer a los súbditos labrar y luchar, y como consecuencia se empobrecerá y su territorio disminuirá.¹⁶

Lo terrible fue que debido a ese extraño sincretismo de las ideologías de masas, incluso los valores confucianistas, como el de la obediencia hacia el gobernante por el gobernado, fortalecieron al despotismo.

II) La segunda figura mítica de esta tríada yuxtapuesta de “Reyes Fundadores” es la del tirano Shi Huangdi, de quien se dice:

La “Gran Muralla”, expresión desorbitada de una claustromanía genial, es obra suya: seis millones de esclavos y de prisioneros de guerra dejaron sus huesos blanqueando al pie del muro inútil y arrogante que los chinos, con

¹⁵ Karl A. Wittfogel, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1966.

¹⁶ Campbell, *loc. cit.*, p. 452.

ese sentido del buen humor que les es característico, llaman “el cementerio más grande del mundo”. [Shi Huangdi] quiso que “la Historia comenzara con él”, para eso ordenó quemar todos los libros existentes en el Imperio, de modo que las generaciones futuras ignoraran todo el pasado y colocaran su nombre a la cabeza de la lista imperial de China. Esta hazaña, junto con aquella de decretar la matanza de todos los letrados confucianistas, le ha valido la execración de la *intelligentzia* china, hasta nuestros días.¹⁷

Construir la muralla y quemar los libros —marcar con hierro candente a quien los esconda y condenarlo además a los trabajos forzados de edificación de la muralla infinita— son acciones simultáneas y complementarias que tienen el sentido de aislar a la población del contacto con el exterior y con el pasado. Desde la perspectiva del despotismo, éstas serían las únicas condiciones que garantizarían un verdadero nuevo comienzo. La radicalidad de las medidas políticas encaminadas a destruir por completo el pasado y la obsesión de construir un orden nuevo, igualan a Mao Zedong con Shi Huangdi. Mao también aisló a China del mundo y quemó los libros, destruyendo obras y documentos invaluable de la cultura tradicional china, persiguió a todos aquellos que fuesen sospechosos de tener un vínculo con las tradiciones del pasado y los condenó a los campos de trabajos forzados, pomposamente llamados: “Campos de Reeducación”.

Tanto Shi Huangdi como Mao Zedong enfrentaron el mismo problema: unificar y reformar a China. Shi Huangdi destruyó el sistema feudal y unificó el Imperio, fundando la dinastía Qin, que da hoy su nombre a China; Mao unificó a las múltiples nacionalidades bajo la bandera de la República Popular. Ambos reinados fueron breves y por la curiosa paradoja de la acción y la reacción, al paso del tiempo, el resultado, en los dos casos, fue el contrario del esperado. No todo es posible, los límites se restablecen por sí solos. De acuerdo a un estudio reciente de la revista *Tendencias ideológicas modernas*:

¹⁷ Juan Marín, *China, Lao-tzé, Confucio, Buda*, Buenos Aires/México, Espasa-Calpe, 1944. Véase también: Jorge Luis Borges, *Prosa Completa 3, op. cit.*, “La muralla y los libros”, pp. 13-15.

La fe en el comunismo de la clase obrera china, que al parecer es el pilar del actual sistema, ha decrecido en beneficio de las creencias religiosas [...] Sólo 29 por ciento de los trabajadores chinos cree que lograr el comunismo es el mayor ideal (eran 69 por ciento en 1982 y 57 por ciento en 1986); en una encuesta de 1996, para el 40 por ciento de los obreros, lo más importante resultó ser la familia.¹⁸

¿Terminó ganando Confucio, que predicaba la piedad filial? De las tres figuras míticas sólo el primero fue un verdadero fundador constructivo, mientras que Shi Huangdi y Mao Zedong sólo aparecen como fundadores a partir de haber intentado destruir por completo los fundamentos de la civilización anterior. En términos de sicología colectiva, los efectos sociales que tiene la destrucción de la cultura son muy graves, en particular en el caso de China, donde lo antiguo era lo más prestigiado y el símbolo mismo de todo lo valioso para el orgullo y la identidad nacionales. En términos simbólicos, lo antiguo es lo verdadero, lo auténtico, lo originario.¹⁹

En su *Diccionario de los símbolos*, Chevalier y Gehebrandt explican que para la simbólica, lo antiguo, lo ancestral, lejos de significar lo caduco, hace alusión a lo persistente, lo duradero, lo que participa de lo eterno. Influye en la *psique* como un elemento estabilizador y como una presencia de lo trascendente.

Estrategias propagandísticas

A continuación estudiamos la fabricación de nuevos mitos como un componente esencial de la Revolución Cultural, así como las estrategias discursivas que se diseñaron para las campañas propagandísticas que dieron sentido al conjunto de acciones políticas encaminadas al nuevo ascenso al poder de Mao Zedong. Trataremos de mostrar la importancia de

¹⁸ *La Crónica de Hoy*, año uno, núm. 329, 16 de mayo de 1997, p. 32.

¹⁹ Cfr. Juan-Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1988, p. 75.

la propaganda y el adoctrinamiento ideológico en el conjunto de estos procesos.²⁰

Contenido ideológico

La Revolución Cultural fue un experimento de ingeniería social, encabezado por Mao Zedong, destinado a reformar al hombre por medio del adoctrinamiento sistemático y la persuasión de masas. China sufrió una monstruosa prueba de laboratorio en gran escala, sobre los límites de lo que pueden conseguir la propaganda y los sistemas de adoctrinamiento, vigilancia y control político de la población.²¹

La estrategia discursiva que preparó las condiciones políticas e ideológicas favorables para la Revolución Cultural se centró en la creación de tres mitos:

I. *El mito de Lei Feng*: personaje imaginario inventado por la propaganda maoísta que encarnaba el modelo de comportamiento ideal que la nueva generación de comunistas nacidos después de la revolución debía imitar.

II. *La mitificación de la historia*: producto de una deformación unilateral, el pasado aparecía como una época siniestra de explotación y terror, mientras que el presente socialista era mostrado con todas las bondades posibles, como el logro principal de Mao Zedong, líder del pueblo.

III. *El culto a la personalidad de Mao*: infalibilidad y omnisciencia del presidente Mao.

El contenido ideológico de esos mitos estaba destinado principal-

²⁰ Utilizaré un esquema para el análisis de las estrategias discursivas que desarrollé en el artículo: "La construcción de credibilidad como forma discursiva e imaginaria", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 162, México, FCPyS/UNAM, octubre-diciembre de 1995.

²¹ Cfr. Alan P. L. Liu, *Comunicación e integración nacional en la China comunista*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978.

mente a los niños, adolescentes y jóvenes escolarizados. Tales mitos no hubieran podido tener la eficacia que tuvieron de no haber sido reforzados por el sistema educativo oficial. En su estudio acerca de las consecuencias psicológicas y políticas que el sistema educativo —instaurado en China, después del triunfo de la República Popular— tuvo sobre la generación de jóvenes activistas de la Revolución Cultural, Anita Chan llega a las siguientes conclusiones:

Gradual, pero ineluctablemente, llegué a la conclusión de que los jóvenes entrevistados, cada uno con inclinaciones personales muy diferentes, compartían lo que la Escuela de Frankfurt ha llamado “personalidad autoritaria”.

Más aún, debe observarse que las creencias autoritarias y las necesidades emocionales que estos jóvenes tenían en común, no eran tanto el producto de la influencia de sus padres, sino más bien, el resultado de su socialización en la escuela. Y, como se verá, aquellos jóvenes que más se esforzaban por vivir de acuerdo al credo maoísta y, por ello, fueron reconocidos oficialmente como activistas políticos, tendían a desarrollar de manera más definida la personalidad autoritaria, que sus compañeros de escuela menos devotos y menos exitosos, políticamente hablando [...] el mismo sistema, por medio del cual estas enseñanzas eran promovidas, creaba aspiraciones competitivas para probar la devoción personal, instauraba exageradas necesidades de conformidad con la ortodoxia política y alentaba fuertes prejuicios en contra de los grupos sociales proscritos. En las escuelas secundarias urbanas de los años sesenta, la “personalidad autoritaria” se convirtió en el carácter social dominante de estos niños de Mao, con resultados devastadores durante la Revolución Cultural.²²

Bajo el gobierno revolucionario, el sistema educativo se convirtió en el medio fundamental de formación de valores, control y vigilancia de los niños, los adolescentes y los jóvenes. Más tarde, a través de ellos se vigiló el comportamiento del resto de la población. En ese sentido, el sistema cumplía plenamente los objetivos del gobierno totalitario de formar, inte-

²² Anita Chan, *Children of Mao*, *op. cit.*, p. 2 (la traducción del inglés es nuestra).

gralmente, la personalidad, la voluntad y la forma de pensar de todos los miembros de la sociedad.²³

El mito de Lei Feng

Lei Feng pertenece al tipo de “héroes de la construcción del socialismo”, exaltados a partir de los años sesenta, a diferencia de aquellos promovidos por el Estado en los cincuenta, cuyo prototipo era el de los “mártires de la guerra revolucionaria”.²⁴ A pesar de que aparecieron diversos personajes míticos que pertenecen a esta categoría, Lei Feng fue el más importante de todos. Su significado como modelo para la juventud se puso de manifiesto con el lanzamiento de la campaña titulada “Aprender de Lei Feng” en marzo de 1963. En la portada del número especial de la revista *China Joven* aparecían los caracteres “Aprender del camarada Lei Feng” del puño y letra del presidente Mao.

Esto deja ver que Lei Feng reunía las características personales ideales que el Partido deseaba promover entre los jóvenes. El mito fue creado con la intención deliberada de inventar un modelo de comportamiento ejemplar para que niños y jóvenes lo imitaran. En ese sentido, cumplía con la función psicológica y moral del mito:

[...] el gobierno proveyó un panteón de héroes cuyos patrones debían imitar [los adolescentes], en vez de permitirles la posibilidad para que ellos eligiesen libremente sus propios modelos, tal vez dañinos. Estos héroes oficiales eran presentados siempre como inhumanamente perfectos. La meta consistía en ayudar a los adolescentes a formar una proyección idealista de su propio potencial revolucionario. Se suponía que la gente joven, tratando de emular el comportamiento de sus héroes, llevarían sus esperanzas y esfuerzos hasta el límite extremo.²⁵

²³ Para una descripción detallada de los mecanismos de control, vigilancia y formación ideológica, véase la obra citada de Anita Chan.

²⁴ *Ibid.*, p. 60.

²⁵ *Ibid.*, La traducción del inglés es nuestra.

La historia decía que Lei Feng había nacido en una familia de campesinos pobres, sufriendo en la infancia los horrores de la explotación a manos de los terratenientes. Los miembros de su familia habían muerto, uno tras otro, de hambre y enfermedad. Al no soportar todo eso, su madre se había suicidado. Lei Feng quedó huérfano a los seis años. Cuatro años después, su aldea fue liberada por el Ejército Rojo. Agradecido con el Partido por haberlo ayudado a vivir mejor, se convirtió en un activista revolucionario y más tarde ingresó a las filas del Partido y del Ejército. Murió en un accidente a los veintidós años, embestido por un camión. El hecho de que hubiera muerto a temprana edad, lo dotaba, de inmediato, con el halo legendario de los héroes. No podía tratarse de alguien vivo porque eso lo haría demasiado humano y, por ello, falible. El haber sido un soldado lo convertía en un héroe guerrero.

Con el tiempo, se le atribuyeron infinidad de proezas que definían la figura del tipo revolucionario que la propaganda deseaba crear. Casualmente, muchas de esas buenas acciones habían sido captadas por una cámara fotográfica y aparecían en el Diario del Pueblo para alentar a los jóvenes a imitarlas, y por qué no, a superarlas. Ayudó de manera desinteresada a los enfermos, a los ancianos y a los más pobres. Donó sus ahorros para obras de beneficencia. En el Ejército, renunció a sus raciones alimenticias en beneficio de sus camaradas enfermos. Se insistía en que la mayoría de sus acciones de servicio a sus camaradas habían sido realizadas de manera anónima; así, ser un héroe anónimo era la mayor gloria.

Su moral podía sintetizarse en cuatro lemas principales:

- a) Solidaridad con los camaradas revolucionarios.
- b) Activismo regido por el fervor revolucionario.
- c) Lucha contra el individualismo.
- d) Guerra sin cuartel contra los “enemigos de clase”.

A partir de 1964, la principal virtud de Lei Feng dejó de ser el altruismo y pasó a ser el amor y la devoción hacia el presidente Mao Zedong. Antes de tomar iniciativa alguna, Lei Feng recordaba siempre

una frase del presidente Mao. De tal forma, el altruismo, como actitud revolucionaria, quedó asociado a la figura de Mao.

Lei Feng personificaba la total gratitud y lealtad incuestionable hacia el Partido y su líder, el presidente Mao Zedong. Conforme se imponía el culto a la personalidad de Mao Zedong, el ejemplo de Lei Feng enseñaba a la joven generación revolucionaria la manera en la cual debían estudiarse las enseñanzas del “Gran Timonel”. Lei Feng copiaba extensos pasajes de las obras de Mao en su diario y cada vez que necesitaba una orientación superior para resolver un dilema, buscaba en su diario la cita apropiada para “armarse con el pensamiento Mao Zedong”. La lección de Lei Feng resultaba muy clara para los estudiantes: cuando se estudiaba las obras de Mao uno nunca debía cuestionar su contenido: las palabras de Mao eran un dogma incuestionable. No hay lugar alguno para el pensamiento independiente. Una vez publicado, el *Diario de Lei Feng* se convirtió en el libro de moral revolucionaria de todos los jóvenes.²⁶

Mitificación de la historia

Con este fin se crearon tres operativos propagandísticos insertados dentro del sistema educativo para influir de manera decisiva en las formas de imaginar y concebir el presente y el pasado por los niños, adolescentes y jóvenes:

a) Sesiones regulares en las escuelas de “memoria de la amargura y reflexión acerca de la felicidad” durante las cuales los adultos narraban a los más jóvenes las atrocidades ocurridas en la época anterior a la Revolución y las bondades de la nueva sociedad. Estas últimas debían agradecerse, principalmente, al presidente Mao.

b) El “almuerzo amargo” que se preparaba de vez en cuando en los comedores de las escuelas para que los niños y jóvenes probaran lo miserable que había sido el alimento de los pobres bajo el régimen del

²⁶ Jung Chang, *op. cit.*, pp. 256-258.

Guomindang. El almuerzo consistía en un potaje de hierbas de gusto desagradable que ocasionalmente producía náusea y vómito. Los niños debían agradecer al presidente Mao el poder alimentarse bien el día de hoy. A la vez, se fomentaba el miedo a volver a las prácticas del pasado si los “enemigos de clase” triunfaban.

c) Los “museos de educación de clase” habilitados en antiguas casas de terratenientes, en las cuales se mostraba el lujo en el que habían vivido los “enemigos de clase” y se ilustraba, detalladamente, las formas de tortura, opresión y explotación a las que habían sido sometidos los campesinos pobres por los terratenientes.²⁷

En los tres casos se trataba de métodos diversos con una misma finalidad: deformar sistemáticamente el pasado y exaltar la figura de Mao Zedong. Asegurar la fidelidad a Mao y exacerbar el odio hacia los “enemigos de clase”.

El culto a la personalidad de Mao

El mito de Mao se fue construyendo al sumar y ordenar los aspectos más exitosos de su carrera política, la exaltación de sus cualidades personales y la “pureza de su origen de clase”, en un sentido revolucionario. En primer término, vale la pena para eso distinguir los pasajes de su biografía que sirvieron para la creación del mito.

I. *Origen campesino*. Antes que nada, Mao era visto como un revolucionario de origen campesino que reivindicó a las luchas de los campesinos pobres y medios —contra las formas diversas de explotación y opresión— como la fuerza fundamental de la Revolución China.

La propaganda maoísta hizo énfasis en el origen de clase de Mao Zedong, quien nació el 26 de diciembre de 1893, en el pueblo de Shaoshan en Hunan, “siendo el hijo educado de un campesino pobre que había prosperado trabajando intensamente”.

²⁷ Cfr. *El patio de los arriendos*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1970.

Se destacaba también el temprano reconocimiento por Mao Zedong del lugar primordial de los campesinos en la revolución. Desde los primeros años de su militancia comunista tomó parte en los movimientos campesinos (1925). Después de presenciar el levantamiento de los campesinos empobrecidos en su provincia natal (1927), Mao escribió el “Informe del movimiento campesino en Hunan”, en el cual argumentaba que el movimiento campesino era la fuerza social mayoritaria en China y merecía el apoyo del Partido Comunista. Sin embargo, su punto de vista fue rechazado por la Comintern, que pretendía mantener la alianza del PC con el Guomindang.

En abril de ese mismo año, Jiang Jieshi —que intentaba eliminar la influencia soviética en China— rompió con los comunistas. Las fuerzas del Guomindang reprimieron el movimiento campesino llamado “Cosecha de Abril”. Mao salvó a los sobrevivientes de ese movimiento, llevándolos a las montañas de Jiangxi. Por su parte, Jiang Jieshi desmanteló las organizaciones de base del Guomindang, sospechando infiltración comunista. Mientras, Mao —en Jiangxi— continuaba extendiendo la influencia comunista entre los campesinos. Como resultado se tenía que, en un país donde el poder del campo era decisivo, los comunistas tomaron la ventaja. En mayo de 1927 Mao fue nombrado presidente de la Unión China de Campesinos.

Entre 1938 y 1945 participó en el diseño de una política del Partido que favorecía a los campesinos. En 1947 promulgó en Zhiahsien una nueva ley agraria. A finales de la década de los cincuenta, Mao concibió a las “Comunas Populares” como una parte esencial de su política económica.

II. *Guerrero*. A Mao se le consideró el fundador de un nuevo concepto y de una nueva práctica de la guerra revolucionaria, gracias a la cual el Partido Comunista de China logró triunfar, tanto contra los invasores japoneses como contra las fuerzas del Guomindang. Más aún, se pensaba —dogmáticamente— que ese concepto de guerra revolucionaria podía adaptarse a las condiciones de todos los países que sufrían el colonialismo.

En agosto de 1927 fundó, junto con Zhu De, el Ejército Rojo.

Dirigió operaciones militares en 1929 y en 1930 fue nombrado Comisario Político del Primer Ejército de línea. Trabajando de manera conjunta con Zhu De, desarrolló las tácticas guerrilleras que obligaron a las fuerzas del Guomindang a replegarse hasta las zonas alejadas del campo, donde fueron derrotadas por las milicias campesinas y el Ejército Rojo.

En 1934, sin embargo, el Ejército Rojo se vio obligado a retroceder y Mao encabezó la legendaria retirada que se llamó: “La Larga Marcha” de 9,600 km. hacia el noroeste, en Shensi, donde se crearon las nuevas bases del Partido Comunista. Durante la guerra contra el Japón, el éxito de las guerrillas comunistas de resistencia contrastaba con el fracaso y la retirada del Ejército Nacionalista, al sur. En 1949 triunfó el Ejército Rojo y se fundó la República Popular, publicándose sus *Escritos Militares*.

III. *Estadista*. Mao Zedong fue considerado como el creador de un nuevo concepto de política revolucionaria que planteaba una idea diferente y más radical de relación entre el Partido y las masas.

A partir de 1930, Mao Zedong participó en los primeros gobiernos comunistas. Fue electo primer presidente de la República Soviética China en 1931.

En 1937, actuando como un nacionalista, más que como un comunista, Mao convenció al partido de establecer alianzas con el Guomindang para luchar contra los japoneses, y durante la Segunda Guerra Mundial encabezó, junto con otros líderes, la exitosa política nacionalista del Partido Comunista de impuestos justos, apoyo a los campesinos y formación de gobiernos con representación campesina. Gracias a ésta y debido al constante hostigamiento del Ejército japonés, los campesinos se convirtieron en la principal fuerza de apoyo y reclutamiento del Ejército Rojo. Para 1946, el Partido Comunista era considerado el representante de los intereses de los campesinos en la mayor parte de China.

Mao encabezaba ahora al Partido, y desde la Larga Marcha, se había convertido en su líder nacional. En 1949 se proclamó la formación de la República Popular de China y fue designado como su presidente.

IV). *Ideólogo de la rebelión*. Mao fue considerado el teórico de

una nueva idea acerca del socialismo que impulsaba “la continuación de la lucha de clase del proletariado bajo el socialismo”, hasta sus últimas consecuencias.

Entre los años de 1912 a 1920, Mao Zedong estudió el pensamiento occidental, en particular el marxismo, que lo influyó de manera decisiva. En 1918 se graduó de la escuela para maestros de Changsha. Sirvió brevemente en el Ejército Nacionalista contra el gobierno de Manchuria (1911-1912). Fue asistente de bibliotecario en la Universidad de Beijing cuando el movimiento anti-japonés del cuatro de mayo comenzaba. Regresó a Changsha en 1920 como director de una escuela primaria. Cuando sus intentos de crear la educación para las masas fueron suprimidos, se dedicó por completo a la política, participando en la fundación del Partido Comunista en Shanghai (1921). En 1923, cuando el Partido Comunista se alió con el Guomindang contra los señores de la guerra, Mao se convirtió en militante de tiempo completo.

En 1927, Mao desafió al Comité Central del Partido Comunista, regido por el dogma que ponía en el centro de la revolución a la clase obrera urbana, urgiéndolo a iniciar una reforma agraria para atraerse el apoyo de los campesinos.

Al principio, Mao siguió el modelo soviético de construcción del socialismo, basado en la redistribución de la tierra, la industrialización acelerada y la centralización económica. Basándose en su experiencia con los campesinos y alentado por su hostilidad hacia la burocracia, desarrolló, durante los años en Shaanxi, el concepto de una vía china al socialismo que tomara en cuenta las particularidades nacionales. En términos económicos, su nuevo proyecto ponía el acento en el esfuerzo propio, lo que implicaba un concepto basado en el trabajo intensivo y la autonomía comunitaria campesina, más que en la industrialización acelerada. En lo político, formuló la directriz llamada “línea de masas”, insistiendo en la integración de los intelectuales con los dirigentes campesinos (1949-1956).

En 1956 se distanció aún más del PCUS, debido a la crítica soviética de Stalin y sus métodos políticos. Mao permaneció fiel a las ideas de Stalin. Comenzó a concebir una política propia en términos más generales. Lanzó la consigna “que se abran cien flores y florezcan cien es-

cuelas” alentando la crítica contra la burocracia. En su discurso “Las diez grandes relaciones” rechazó el énfasis soviético en la industria pesada, argumentando que incrementar la capacidad de consumo de los campesinos era la clave para un acelerado desarrollo socialista. En su discurso de 1957 sobre “El tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo” repudió la negativa soviética a admitir las contradicciones de clase en el socialismo e insistió en esa cuestión como algo “necesario y sano para la sociedad socialista”.

En 1958 dio inicio a su campaña llamada “Gran Salto Adelante” que intentaba restar fuerza al Estado burocrático, en favor de las comunas y organizaciones autónomas. Haciendo referencia a la Comuna de París de 1871, sostenía que éstas debían estar unidas por una ideología común. El llamado *Gran salto adelante* fracasó en 1959 y Mao se vió obligado a retirarse temporalmente de la vida pública. El ala moderada del Partido asumió la dirección del país y en pocos años volvió la estabilidad económica a China (1961-1965).

Convencido que la radicalización y la movilización del pueblo, por medio de la propaganda, era el camino más rápido al socialismo, Mao ordenó el inicio de la Revolución Cultural en 1965.²⁸

En tanto figura histórica, Mao Zedong ha sido interpretado, muchas veces, de manera parcial, ya sea que se le endiose o se le satanice, la perspectiva será unilateral. Es necesario evaluar críticamente su biografía. Debemos reconocer cómo su habilidad política de líder y estrategia militar le permitieron unir fuerzas, saber conservarlas y hacerlas crecer de forma que fue posible derrotar a los invasores japoneses y luego al Guomindang. También debemos ver su capacidad para darse cuenta del papel fundamental de los campesinos en la Revolución China, frente al dogmatismo marxista de su época que insistía en el lugar hegemónico de la clase obrera industrial. Es necesario tener en cuenta el éxito de su política social hasta los años cuarenta.

²⁸ Cfr. Arthur Allen Cohen, *The Comunism of Mao Tse-tung*, University of Chicago, 1964; Edgar Snow, *Red Star Over China*, New York, Grove Press, 1961; E. E. Rice, *Mao's Way*, Berkeley, University of California, Berkeley, 1972; Roy Mac Gregor-Hastie, *Mao Tse-tung*, Barcelona, Labor, 1967.

De la misma forma, debemos seguir con cuidado su relación con el poder. Un poder que llegó a ser absoluto e indisputable. Observar la manera en la cual el poder absoluto lo fue convirtiendo en un dictador total y lo condujo a un juego del poder por el poder mismo que tanto daño causó a la sociedad china. Mao Zedong es un buen ejemplo de la némesis del poder. La creación del culto a Mao fue un proceso complejo y paulatino, desarrollado a partir de una cuidadosa estrategia política. A pesar de su aparente simpleza e inocencia, la propaganda maoísta fue eficaz porque no existía un punto de vista alternativo, nadie la criticaba y, como callar es otorgar, tuvo éxito. Esto último se puede explicar por la manera en la que la propaganda maoísta integró en sus consignas aspectos importantes de la cultura china, del lenguaje popular y de sus creencias míticas —reelaboradas ideológicamente—; por otro lado, las acciones violentas de la Revolución Cultural, llevadas a cabo y alentadas por los guardias rojos, fueron un medio para que el resentimiento social —largamente contenido— se expresara.

Mao fue lo suficientemente hábil para apropiarse de los aciertos de la revolución y monopolizarlos, incluidos los que habían sido responsabilidad de sus enemigos dentro del Partido. También supo crear el mito de su figura y asociarlo a la tradición mítica milenaria de los héroes civilizadores, al prestigio de los grandes emperadores antiguos:

Durante dos mil años, China había contado con una figura imperial que encarnaba al mismo tiempo el poder del Estado y la autoridad espiritual. En China, los sentimientos religiosos que los habitantes de otras partes del mundo experimentan hacia su dios, siempre han estado dirigidas hacia el Emperador [...] cientos de millones de chinos se hallaban bajo la influencia de esa tradición.

Mao reforzó su imagen divina rodeándose de misterio. Siempre aparecía como una figura remota y situada fuera del alcance de los humanos [...] Mao, el emperador, encajaba con uno de los modelos de la historia china: era el líder de una rebelión campesina a nivel nacional que barría una dinastía podrida y se convertía en un sabio y nuevo emperador dotado de autoridad absoluta.²⁹

²⁹ Jung Chang, *op. cit.*, p. 262.

Como objetivos inmediatos e implícitos de la Revolución Cultural, Mao y su grupo pretendían obtener de nuevo el control de la dirección del Partido, después del catastrófico fracaso de la política impulsada por Mao Zedong, a finales de los años cincuenta, bautizada como “El Gran Salto Adelante” que causó la escasez de alimentos, debido a la cual murieron quince millones de seres humanos a causa del hambre y la desnutrición. Mao Zedong intentaba, también, realizar una purga intensiva dentro del Partido Comunista para deshacerse de todos los comunistas —con poder dentro de las estructuras partidarias— que se le oponían. La campaña de las “Cien Flores y las Cien Escuelas” de los años cincuenta, que aparentemente propiciaba el pluralismo, había servido para localizar a los “enemigos ideológicos” para luego poderlos perseguir.³⁰ Mientras tanto, los objetivos de la Revolución Cultural que se referían a la modernización revolucionaria de China, asumían la idea occidental de progreso, desde el enfoque dogmático de los “criterios de clase”, caracterizados por un radicalismo extremo que atacaba a todo lo que no fuera “proletario”.

James T. Myers explica el culto a Mao como una necesidad surgida del complejo y violento proceso de modernización de China.³¹ Desde su punto de vista, en China se produjo una seria crisis cultural a partir del impacto causado por Occidente, el colapso del orden tradicional, basado en el confucianismo y la caída de la Dinastía Qing. En esa situación, el Partido Comunista se presentó como la alternativa para la renovación nacional y la revitalización cultural. Mao aparecía, así, como el profeta del proceso de cambio revolucionario. Como tal, desempeñó la función de ofrecer una explicación del sentido de los sucesos, indicando el rumbo a seguir.

En el momento de fundación de la República Popular de China, Mao representaba la figura de un líder popular fuerte y carismático. De tal suerte, la imagen de Mao fue utilizada por el nuevo gobierno para obtener el apoyo masivo de la población. Según Myers, “el régimen dependía enormemente de la fuerza del culto a la figura del presidente Mao, y esto asumió, gradualmente, la forma y la función de una religión”:

³⁰ *Cfr.* Alan P. L. Liu, *op. cit.*, p. 17.

³¹ *Op. cit.*, pp. 17-37.

La imagen de Mao pronto adornó cada hogar, cada escuela, cada oficina pública y lugar de trabajo. En muchas casas, se decía, la imagen de Mao ocupaba el lugar central dentro del altar familiar, reemplazando a las figuras de los antepasados como el objeto principal de culto. Mao comenzó a ser comparado con las fuerzas naturales, dadoras de vida, en especial el sol. Su pensamiento comenzó a ser usado como la guía para toda actividad humana. Por todo, Mao se convirtió en una figura que inspiraba asombro y devoción y, si se nos permite valernos de la analogía religiosa, la devoción es una de las más sagradas emociones.³²

En su intento de construir una nueva institucionalidad política, el nuevo gobierno revolucionario se valió del culto a Mao para reemplazar las viejas creencias, dando origen a una especie de religión política. A pesar de la lucha entre los grupos de poder dentro del Partido Comunista, en el umbral de la Revolución Cultural, todos parecen haber coincidido en reconocer la utilidad política de la figura heroica de Mao, como un poderoso medio de unidad nacional. En un sentido más profundo, la figura mitificada de Mao Zedong jugaba la función simbólica del profeta, demiurgo del cambio revolucionario en China y poseedor de la verdad revelada:

Las religiones, sean políticas o no, requieren de profetas. El profeta no sólo aparece como el fundador de la religión sino, también, “interpreta y define la inmortalidad, la identidad y el sentido de la vida por medio de sus dones personales, creando esperanza en el nivel cotidiano de las aspiraciones humanas”. El *Diario del Pueblo* describía a Mao de la siguiente forma:

El día de hoy, en la era de Mao Zedong, el cielo está aquí en la tierra... El Presidente Mao es un gran profeta... Cada profecía del Presidente Mao se ha convertido en una realidad. Así fue en el pasado; así lo es hoy en día.[...] ³³

La función del profeta es, esencialmente, la de ser un maestro para sus seguidores. El poder de su palabra es absoluto. Por medio de ella, Mao intentó crear un sistema explicativo totalizador que diera al pueblo

³² *Ibid.*, p. 21. La traducción del inglés es nuestra.

³³ *Ibid.*, pp. 21-22.

chino un sentido de seguridad respecto de su marcha inevitable y triunfal hacia el nuevo milenio.

El mito de Mao cumplió una función compleja y profunda. En primer lugar, produjo una doctrina totalizadora que se ofrecía como el instrumento esencial de interpretación de la realidad, cubriendo, en ese sentido, la dimensión cognoscitiva del mito. En lo que a la dimensión psicológica y moral del mito se refiere, su función fue más la de convertirse en un padre bondadoso y protector que la de ser un modelo a imitar. Al respecto, Anita Chan, con sutil perspicacia, señala:

Mao era presentado como una figura paternal [...] bajo el culto a Mao, éste era aplaudido como el “gran líder”, el “gran timonel” y “el sol rojo en nuestros corazones”, sin embargo, nunca fue presentado como un modelo a emular. Por una razón: alentar la búsqueda de la grandeza personal hubiera dado lugar a la aparición de intereses individualistas. El tipo de heroísmo que se intentaba propiciar, oficialmente, debía estar subordinado a la colectividad; en cualquiera de sus manifestaciones, el “heroísmo individual” (*geren ying-xiongzhuyi*) era condenado por las enseñanzas del Partido. Más aún [...] aparecía el hecho de que los grandes héroes y, en particular, los héroes revolucionarios como Mao, habían alcanzado la grandeza al transformar el orden establecido por medio de acciones rebeldes y poco convencionales. En el periodo de la construcción del socialismo esas formas de rebeldía y creatividad no eran apreciadas. “Revolución” significaba, ahora, conformarse a las normas establecidas; suprimir toda inclinación individualista y poco convencional; someterse por completo al Partido y al Presidente Mao; y el deseo de vivir una vida metódica y ordinaria de arduo trabajo. La revolución se había convertido en la antítesis de la rebeldía. Esto ponía de relieve el apoyo oficial al modelo de Lei Feng, y la razón por la cual Mao debía ser venerado y no imitado.³⁴

Destacan, en cuanto a la función rectora del mito: su dimensión ontológica y su dimensión política. En cuanto a la primera, Mao Zedong aparecía como el fundador de un nuevo orden de vida y, por lo que co-

³⁴ *Op. cit.*, pp. 21-22.

responde a la segunda, constituía el gran sostén ideológico de la necesidad y la justeza de la nueva institucionalidad política.

Secuencia argumental

La propaganda maoísta se fundamentó, discursivamente, en tres componentes fundamentales:

1. La teoría marxista-leninista que legitimaba toda práctica política, bautizada, para los fines de la Revolución Cultural: “marxismo-leninismo, pensamiento Mao Zedong”.

2. El prestigio político de Mao Zedong, fundado en la experiencia de los comunistas chinos durante la guerra y la revolución.

3. La importancia de la propaganda, la persuasión de masas y la movilización revolucionaria.

Mao creía en el poder de las consignas concisas y definidas. Como estrategia principal recurrió al contacto de los activistas radicales con las masas de simpatizantes, desorganizados pero dispuestos a la acción. Los activistas radicales ponían el acento en la exaltación de los conflictos, “la continuación de la lucha de clases bajo el socialismo” y la necesidad de imponer un nuevo modelo revolucionario para la cultura china.

La idea central que justificaba toda la práctica política de la Revolución Cultural, a manera de argumento rector, era el enunciado: “la lucha de clases continúa bajo el socialismo”.

El presidente Mao Zedong nos ha enseñado que las clases todavía existen en la sociedad socialista. Ha dicho que en China

la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, la lucha de clases entre las diferentes fuerzas políticas y la lucha de clases en el campo ideológico entre el proletariado y la burguesía siguen siendo largas y tortuosas, y en algunos momentos se volverán incluso muy agudas.³⁵

³⁵ *Op. cit.*, p. 68.

La lucha para promover lo proletario y erradicar lo burgués en el frente cultural es un aspecto importante de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, entre el camino socialista y el capitalista y entre la ideología proletaria y la burguesa. El proletariado quiere transformar el mundo de acuerdo a su propia concepción del mundo, y lo mismo pretende la burguesía. La cultura socialista debe servir a los obreros, campesinos y soldados, debe servir a la política del proletariado, debe servir a la consolidación y desarrollo del sistema socialista y a su gradual transición al comunismo.³⁶

Ese argumento permitía a Mao Zedong y su grupo erigirse como el ala más progresista y revolucionaria del Partido Comunista, de manera que resultase legítimo encabezar un movimiento de masas que se rebelara contra la autoridad del Partido y del Estado. Al postularse los guardias rojos como los defensores del socialismo, frente a “quienes se oponen a su avance, tanto dentro como fuera de China”, justificaban cualquier tipo de acción política que fuese necesaria para lograr el objetivo final, que aparecía, ahora, como imperativo radical. De nuevo, el mesianismo, con su moral absoluta, que permite, justifica y alienta todos los excesos, siempre que estos sirvan al fin último. Desde el punto de vista de los herederos de Stalin: “el fin justifica los medios”.

Al ser definido el objetivo principal de la Revolución Cultural, era posible fijar la estrategia de acción. Si lo primordial era la continuación de la lucha de clases, habría, entonces, una clase revolucionaria y “enemigos de clase” que se oponían a ella y a su avance. Vale la pena reflexionar sobre este vocablo de la terminología maoísta. Es ambiguo como para poder ser aplicado a cualquier persona. No implica la adscripción a una clase social determinada, los “malos comunistas” también podían convertirse en “enemigos de clase”. De la misma manera ambigua e indefinida en cuanto a su contenido, Mao Zedong se valió de muchos otros conceptos semejantes para alentar la cacería de brujas: “autoridades académicas burguesas”, “partidarios de la vía capitalista”, “revisionistas”, etcétera.

³⁶ Cfr. *Gran revolución cultural socialista en China*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1966, pp. 1-2.

Sobre el concepto tan indefinido de “enemigos de clase”, Jung Chang relata en su libro autobiográfico que al iniciarse las campañas propagandísticas, precursoras de la Revolución Cultural, a pesar del uso intensivo del término, nadie sabía definirlo con precisión:

Yo, sin embargo, no comprendía quienes eran [los “enemigos de clase”], y cuando preguntaba, ni mis padres ni los profesores parecían muy dispuestos a explicármelo con detalle. Una respuesta habitual era: “Son como los ‘malos’ de las películas”, pero yo no lograba ver a mi alrededor a nadie cuyo aspecto recordara el de los estilizados villanos del cine.³⁷

El concepto “enemigo de clase” que fue central en el proceso de justificación de la represión política de toda forma de oposición, disidencia o, simplemente, propia de un uso del terror contra chivos expiatorios designados, fue algo que ya había sido utilizado con éxito por Stalin en la URSS. Igualmente, tuvo ahí un carácter ambiguo que permitía aplicarlo contra cualquier persona, sin fundamento alguno. Stalin así lo exigió en 1936 (año en el que se iniciaron los Procesos de Moscú):

Inalienable cualidad de todo bolchevique en las circunstancias presentes debe ser la capacidad para reconocer a un enemigo del Partido por muy bien enmascarado que pueda hallarse.³⁸

El paso siguiente de la propaganda fue el de fomentar el odio contra los “enemigos de clase” e incitar a los jóvenes a la acción revolucionaria en contra de ellos.

Estilo propagandístico

El estilo del discurso estaba encaminado a fomentar la reacción emocional, explotando el “odio de clase” hacia todo lo que representara

³⁷ Jung Chang, *op. cit.*, p. 257.

³⁸ Arendt, *op. cit.*, p. 469.

—desde el punto de vista de la ideología maoísta— la vieja sociedad feudal y la cultura del capitalismo; oponía populismo a elitismo; intentaba empujar hasta el límite de su energía y voluntad a las masas con el fin de combatir la “inercia tradicional china” ante el cambio social. Lo que habla de una fe mesiánica en el poder de la propaganda y de la movilización de masas.

Mao insistió en el poder de la oratoria y en poner el acento en lo emocional para lograr persuadir a las masas. En la entrevista concedida a Malraux en 1966, afirmaba:

La Revolución es un drama de pasiones; no nos ganamos al pueblo apelando a la razón, sino, creando la esperanza, la confianza y la fraternidad. De cara al hambre, la voluntad de igualdad exige una fuerza religiosa.³⁹

Su enfoque se sintetiza en cuatro principios:

a) Aislamiento nacional y regional como condición óptima para la penetración de la propaganda y la agitación política en cada zona del país.

b) El “despertar emocional entre las masas”.

c) Simplicidad en la transmisión de la propaganda oral por medio de discursos con un contenido concentrado.

d) “Ideologización”: crear el hábito del uso de conceptos provenientes de la ideología maoísta para interpretar todos los aspectos de la realidad, incluidas las experiencias personales.

Medios propagandísticos

Mao y sus discípulos utilizaron la movilización política, la propaganda y el terrorismo revolucionario como sus medios fundamentales para destruir el orden social y hacerse con el poder.

³⁹ Citado por James T. Myers, *op. cit.*, p. 24.

Uno de los aspectos de mayor importancia para el adoctrinamiento de las masas había sido la educación. Por medio de ésta, el Partido Comunista pretendía la construcción de un “hombre ideal”, moldeable de acuerdo a los nuevos valores morales. Para eso, la revolución había creado un sistema educativo dominado por el Estado y sometido a su vigilancia ideológica. La propaganda maoísta que preparó la Revolución Cultural, explotó este medio como el idóneo para llegar a la conciencia profunda de los jóvenes; mientras que la infraestructura del Partido se aprovechaba para adoctrinar ideológica y políticamente a las masas.

Mao y su grupo confiaban en que valiéndose de los medios de comunicación y del activismo político de los jóvenes radicales y los sectores más pobres del pueblo podían lograr transformar de raíz a la tradicionalista China. Para tal fin, se creía que los mítines, los grupos de discusión y los llamados “libros rojos”, serían fundamentales como medios de agitación política y movilización en torno a objetivos específicos. En ese aspecto, los maoístas se esforzaron en crear un sistema de comunicación de masas innovador. Debido a los escasos recursos con que la revolución contaba, debía ser de bajo costo, lo que obligaba a un gran esfuerzo colectivo de activismo político.⁴⁰

Al inicio de la revolución, en los años cincuenta, se había tomado como modelo la experiencia soviética en la propaganda y la comunicación de masas. El objetivo principal fue el de cambiar la mentalidad de las masas campesinas, convenciéndolas de la necesidad de la modernización y formándolas dentro de los valores de la ideología comunista. El número de periódicos, revistas y libros era escaso, por tal motivo se recurrió —sobre todo— a campañas de masas y reuniones de discusión. En ausencia de una gran inversión en medios de comunicación modernos se valieron de tecnologías baratas y sencillas como el uso de altavoces que podían ser transportados a cualquier región de China —más tarde, la Unión Soviética copió de China varias de sus estrategias propagandísticas, aunque no tuvieron el mismo resultado. Estas consistieron en el empleo de periódicos murales, la creación de un sistema nacional de

⁴⁰ Alan P. L. Liu, *op. cit.*, pp. 15-50.

radiodifusión, mítines, lecturas públicas de periódicos y la movilización masiva de agitadores partidarios.

En cuanto a los medios de comunicación de masas, la estrategia fue la expansión hacia las zonas aisladas. La prensa, basada en el Partido, permitía la publicación de noticias bajo las órdenes de la agencia Nueva China. Después de la Revolución Cultural, la radio pretendió crear una imagen de partido unificado y evitar las divisiones y conflictos en las áreas rurales y fue utilizada como medio de seguridad pública, para eso fue necesario construir una infraestructura moderna. El cine, en cambio, vivió una campaña de expansión más limitada y una orientación populista.

Para la persuasión de las masas durante y después de la Revolución Cultural se emplearon los siguientes medios:

1. Agitación oral.
2. Sistema de altavoces con alcance a casi todos los pueblos.
3. Creación de una cadena de radiodifusoras para las movilizaciones militares.
4. Sistema telefónico para asuntos oficiales.
5. Red de exhibición de películas de corte revolucionario,
6. Boletines de información de noticias internacionales,
7. Periódicos murales con consignas breves.
8. Creación de un departamento de propaganda.
9. Periódicos gremiales.
10. Servicios de prensa a partir de la Agencia de Noticias *Nueva China*.
11. Creación del Ministerio de Cultura.
12. Creación del departamento de propaganda del Comité Central del PCH.
13. Estructura nacional de radio, basada en Radio Beijing.

La edición masiva de libros se centró en las obras de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Zedong y en lecturas populares de política, filosofía, ciencia, tecnología y salud pública.

A partir de 1969, las campañas de masas tuvieron como finalidad

integrar grupos para el estudio de documentos políticos. El documento a estudiar era el pretexto para la “unidad popular”, “ayudados” por maestros especializados que, además del estudio, fomentaban el debate, uniendo educación y adoctrinamiento.⁴¹ Se promovieron dos líneas de campaña ideológica:

- a) Análisis de línea, que tenía la finalidad de distinguir las diversas líneas ideológicas.
- b) Lectura de obras “marxistas-leninistas”.

Ambas con la finalidad de distinguir las ideologías “correctas” de las “incorrectas” y así combatir la influencia de los “revisionistas”. La “verdadera perspectiva ideológica” buscaba objetivos “puros”. Las campañas se dividían en dos niveles: uno dirigido a las masas y otro a la élite:

1. *Educación ideológica de las masas:*

- a) Lectura de las obras de Mao (preferentemente sobre las de otros clásicos del marxismo).
- b) Discursos emotivos y primacía de la propaganda oral.
- c) Insistencia en la unión del aprendizaje teórico con la práctica revolucionaria y la producción.

2. *Nivel de élite:*

- a) Profundizar el estudio teórico.
- d) Creación de escuelas de política.
- e) Formación de grupos de estudio fuera de los programas oficiales.
- f) Adoctrinamiento en grupos selectos sobre la relación entre la teoría y la práctica.

La Revolución Cultural se valió de toda esta infraestructura. Esa estrategia le permitió llegar a toda la población joven de China y movi-

⁴¹ *Ibid.*

lizarla para sus propios fines. El centro neurálgico de la propaganda política había estado trabajando bajo la dirección de la Sección Cultural del Consejo de Estado, formado por burócratas del Partido, representantes militares y propagandistas profesionales, los cuales tenían frente a Mao una fuerte tradición de sumisión y docilidad. Además, los altos funcionarios eran personas muy allegadas a él y de su plena confianza; lo que tenía la finalidad de crear un grupo unificado y controlado. A pesar de eso fue depurado y reorganizado. En todas estas tareas, Jiang Qing, la esposa de Mao Zedong y su grupo de allegados, jugaron un importante papel.

Partiendo de esta relativa escasez de medios de comunicación modernos y teniendo el objetivo de hacer partícipe al conjunto de la sociedad en el proceso de cambio revolucionario, Mao propuso una mayor diversidad de periódicos y otros medios, inclusive fomentar el debate dentro del Partido. Aunque esto pareciera una idea “liberal”, tenía un doble objetivo:

- a) Atacar a los miembros del Partido y del Estado contrarios a Mao.
- b) Localizar y conocer al enemigo y de esa manera tomar ventaja y obligar a los contrarios a cambiar de opinión y someterse o ser perseguidos y castigados.

El maoísmo construyó un sistema propagandístico con la idea principal de crear una sociedad en constante movilización y sujeta a la agitación política. Desde un principio, Mao enfrentó la oposición, principalmente de un bloque de dirigentes del Partido, moderados y menos dispuestos a la radicalización política de las masas. Toda la Revolución Cultural supuso el enfrentamiento de facciones dentro del Partido y, en la sociedad, la “lucha de clases”.

Dosificación de la propaganda

Al inicio de la Revolución Cultural, la propaganda maoísta estaba dirigida fundamentalmente hacia los niños, los adolescentes y los jóvenes: las

generaciones nacidas poco antes y después del triunfo de la revolución en 1949. La propaganda se difundía a partir de la escuela, los medios de comunicación —principalmente *El diario del pueblo*— y en los mítines y actividades revolucionarias propiciadas por los guardias rojos o la dirección del grupo maoísta. Más tarde, a partir de 1969, su rango de influencia se fue ampliando, intencionalmente, para ganar el apoyo de núcleos más amplios de la población, para lo cual se fue dirigiendo, específicamente, hacia sectores determinados.

Sin duda, la agitación y la propaganda fueron los medios políticos más utilizados: mítines, discusiones, repetición de los dogmas del *Libro Rojo* del presidente Mao, monopolización de medios, control de la información y la alteración deliberada de la historia, éstas fueron las principales formas de control y movilización política utilizadas en las llamadas “campañas de masas”. La estrategia implicaba la interdependencia de los diversos medios y campañas de manera que la actividad propagandística fuera constante y la acción de los diversos medios permitiera que se reforzaran entre sí.

Con el paso del tiempo podemos evaluar este complejo sistema propagandístico que apuntaló un sofisticado y, a la vez, simple, sistema totalitario. Mao Zedong pretendió que la nueva historia de China comenzara con él, intentando suprimir su riquísima cultura milenaria. Aunque en lo inmediato pareció triunfar, a la larga fracasó. Haciendo un balance de la Revolución Cultural, Jean-Luc Domenach, concluye:

[...] la población china no ha formado parte de ese ejército de peleles inspirados y laboriosos que presentaba la propaganda maoísta. Nunca se ha movilizado bajo el simple efecto de las proclamaciones del Jefe, sino porque ha sido obligada a ello: mientras que las minorías corrían en todos sentidos, la mayoría caminaba arrastrando los pies. Las monografías disponibles muestran que la apatía, la mala voluntad (y cada vez que era posible, las resistencias) de la población han sido proporcionales a las campañas de movilización. De ahí una sucesión de fracasos cada vez más afirmados a medida que el maoísmo ampliaba sus ambiciones. De allí también esos necesarios periodos de “consolidación” durante los cuales Mao Zedong debía aliarse con sus enemigos para “rectificar” los “errores” precedentes [...]

Esta observación sugiere un acercamiento histórico del comunismo chino que rompe con las interpretaciones unilaterales y avala no sólo la sucesión, sino la mezcla y las modificaciones inestables de influencias sucesivas.⁴²

Podemos así situar a la Revolución Cultural dentro de una estrategia política más amplia, dirigida por Mao Zedong, para lograr el control absoluto del poder, para eliminar o someter a sus adversarios políticos y para imponer violentamente una modernización radical que pretendía destruir la cultura tradicional de la antigua China. El eje activo de la Revolución Cultural lo constituyeron grupos de élite, como los llamados guardias rojos, fuertemente adoctrinados ideológicamente, llenos de resentimiento y un autoritarismo autosuficiente; estaban firmemente controlados por Mao Zedong y eran lanzados contra la población para crear el terror e imponer la voluntad del dictador.

La fundación de la República Popular de China necesitó de la creación de nuevos mitos de origen, dentro de los cuales la figura de Mao Zedong jugaba un papel simbólico esencial. Asimismo, la Revolución Cultural supuso la formación de una nueva ideología, aún más radical, dentro de la cual la creación de nuevos mitos políticos y la reutilización de algunos antiguos fue fundamental. Mas, mientras que por un tiempo estos mitos contribuyeron a imponer el predominio ideológico del maoísmo, a la larga las fuertes raíces de la cultura tradicional y su firme arraigo en la población terminaron imponiéndose.

El radicalismo político de Mao Zedong —durante y después de la Revolución Cultural— despreció, constantemente, la necesidad de crear sólidas bases económicas y estabilidad social que permitieran dar sustento a las nuevas formas de organización política y social, así como posibilitar mejores condiciones de vida para el conjunto de la población. La represión política instrumentada por los guardias rojos destruyó todas las formas de solidaridad colectiva con las que la nueva sociedad se había dotado a sí misma, fomentó la generalización del miedo e impuso la dictadura totalitaria de Mao y su equipo. Ese fue el talón de Aquiles de todos los cambios radicales que se quisieron imponer. Por todas estas

⁴² *Op. cit.*, p. 212.

razones: autoritarismo extremo, violencia, arbitrariedad, inestabilidad total, destrucción de la cultura, ausencia de un proyecto económico alternativo, coherente y realista, la Revolución Cultural no logró obtener el apoyo sincero y voluntario de la mayoría de la población —que siempre ha sido, más bien, pragmática y pacífica— y a mediano plazo fracasó.